

chistan; y dos niñas que no dan que hacer á nadie; porque ellas se visten solas y se cosen y se peinan.

—Pues para esa familia y esos quehaceres me parece que ocho duros es bien poco.

—Tres le he estado dando á la que se me ha ido ayer, no por ningun disgusto, sino porque iba á casarse.

—No hacemos nada. Que V. lo pase bien. ¡Pues vaya unas conveniencias que buscan estas señoras!

IV.

—Aunque V. disimule, ¿es aquí donde se busca una *entranta y salienta*?

—Lo que se busca aquí es una criada.

—Bueno, ¿qué mas dá?... Quiere decir que si yo le gusto á V., y V. lo hace bien conmigo, porque yo, eso sí, soy muy amiga de dar gusto á las señoras... pero en cuanto me faltan *tanto así*...

—Pero bien, veamos ¿qué es lo que sabe V. hacer?

—Toma..... pues todo lo que se hace en una casa: el almuerzo, la comida.... y aunque se ofrezca la cena y algun extraordinario, yo tampoco me hago atrás, y no soy como otras, delicada de paladar ni melindrosa; y aunque un día no haya principio, con tal de que el cocido sea bueno y abundante, y no me detengan el salario, porque al fin... ¿á qué está una?... Y luego, que el servir no es hacer ninguna escritura, y el día que V. no me dé gusto, si en otra parte me dan más... aquí falta una, digo yo, y me pongo en la del rey; porque yo, aunque me esté mal el decirlo, soy muy clara, y más vale una vez *colorá* que ciento amarilla.

—Aunque creo que no nos vamos á ajustar ¿cuánto quiere V. ganar al mes?

—Por eso no hemos de reñir. Quiere decir que desde hoy nos *encomenzamos* á observar, y siendo su *mercé* una señora *regular*, como, sin agraviar á nadie, parece que lo es, sobre cincuenta ó sesenta reales mas ó menos, ya nos pondremos en lo que sea razon.... Con que yo tengo un manton empeñado en treinta reales, y no puedo entrar en casa de V. sin sacarlo, porque para ir por las mañanas á la compra...

—¿Sabe V. lo que he pensado?...

—¿Qué?...

—Que puede V. buscar en otra parte su acomodo.

V.

—Buenos dias, señora; en la portería me han dicho que V. buscaba una *asistente*.

—No es eso precisamente; lo que yo quiero es una criada para la casa, y para la calle, y para todo lo que ocurra; que entienda de cocina, plancha y costura, y en fin, que sea para todo, y gane poco, y no salga más que de quince en quince dias.

—Pues entonces haga V. cuenta que ha encontrado lo que buscaba. Yo sé de todo eso, y fuera de las cosas que hay que comprar, nunca salgo á la calle....

—¿De veras?... (¡Pues es una fortuna el haber encontrado esta mujer!)

—Como *su mercé* lo oye. Yo no salgo los domingos ni los dias de fiesta más que á misa. Pero ha de saber V. que tengo un hermano que es tambor de un regimiento, y un primo artillero, y un paisano cazador... y... ya se vé, como no salgo, los *probes* tienen que venir á verme. Así es, que al tambor lo recibiré por la mañana muy *tremprano*, antes de que se levante *su mercé*; al artillero á la caída de la tarde, despues de comer, mientras friego la loza, y al cazador por la noche, interin *su mercé* vaya al *treatro* ó á visitar las *relaciones de sus amigas*... ¿Qué le parece á *su mercé*?

—Bien, perfectamente: me ha parecido muy bien esa proposicion *que tan bien me ha parecido*. Por lo tanto, ahora mismo se vá V., y cuando trate de convertir mi casa en un cuartel, ó ponerla en pié de guerra... entonces ya le pasaré recado.

LA AMISTAD.

Cerca plantados, en union cubriendo El alto muro con sus ramas bellas, Puro jazmin y plácido heliotropo De extendido vergel ornato eran.

Altos se hallaban, mas de pronto el bóreas Sus tallos azotó con saña fiera, Arrojadose vieron de su asiento, Cayendo entrambos sin vigor en tierra.

En tan duro peligro al contemplarse, De su antigua amistad dándose pruebas, Mútuo auxilio se brindan cariñosos, Y en dulce abrazo con amor se estrechan.

Unen sus tallos, su poder recobran, Entrelazado su ramaje elevan, Y tal firmeza por su bien alcanzan Que yá del bóreas el furor desprecian.

El áura precursora del estío Aun más frondosos los miró á su vuelta, Más regalado aroma halló en sus flores, Y en sus tallos más gracia y gentileza.

”¿Qué mucho, oh amistad, dice al mirarlos, ”Que en tí el humano su ventura vea, ”Si hasta las plantas con amor te acogen ”Y amparo y vida con tu influjo encuentran?”

”Tú alivias el dolor de los que sufren, ”De los dichosos la ventura aumentas, ”Tú eres el bien más alto de la vida: ”Sacrosanta amistad, ¡bendita seas!”

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

SEMEJANZAS.

¿En qué se parece un pollo relamido á un pollino?

En que *carga*.

¿En qué se parece un tabernero al cura?

En que *bautiza*.

¿En qué se parece el dia de tu santo á un estudiante?

En que *es-tu-dia*.

¿En qué se parecen un hombre de talento y un calvo?

En que no *tienen pelo* (de tonto).

¿En qué se parece una llave á un cortijo?

En que tiene *guarda*.

¿En qué se parece un libro á una flor?

En las *hojas*.

¿En qué se parecen los barcos que vienen de Rota á algunos colegiales por Junio?

En que *llevan calabazas*.

¿En qué se parece un escribano á un ave de rapiña?

En que es animal (racional) de *pluma*.

¿En qué se parecen los trages de las jóvenes, al final de un baile, á uno muy risueño?

En que *se rien*.

¿En qué se parece tu rostro á una prenda muy rica?

En que es *cara*.

¿En qué se parecen los trages de hoy á los pajaritos que se les enseña á los niños en el techo?

En que no tienen *cola*.

¿En qué se parece un tiñoso á un primo que te convida al café?

En que *se rasca* (el bolsillo).

¿En qué se parece un huevo al sol?

En que *se pone*.

¿En qué se parece una señora muy fina á una botella de Champagne?

En que gasta *etiqueta*.

¿En qué se parecen un cuchillo sin uso y tres botellas de vino de Jerez ante algunos amigos?

En que *se toman* que es un gusto.

¿En qué se parece el dinero que me deben algunos tramposos al castillo de *Chuchurumbé*?

En que mientras más se mira (por cobrarlo) menos *se vé*.

¿En qué se parecen los cigarrones á las mesas de caoba cuando hace Levante?

En que *saltan*.

¿Y en qué se parecen las cigarras á los cigarros?

En todo menos en que estos pagan derechos y aquellas no.

¿En qué se parecen un gorrón y un niño de teta?

En que *chupan*.

¿En qué se parecen los ricos á la luna? En que tienen *cuartos*.

¿En qué se parece Pedro á Blas?

En lo que se parece Blas á Pedro.

Y por último ¿en qué se parece el que ha escrito estas semejanzas á el que las está leyendo?

Probablemente en nada, como no sea en el blanco de los ojos. (¡Qué talentazo tengo!)

LA MADRE INJUSTA.

CUENTO ÁRABE.

Habia en un pueblecillo cerca del desierto una familia, á la que todos respetaban porque era buena y honrada en apariencia. Se componia de tres hijas, un padre anciano, pero fuerte, y una madre anciana tambien, pero enérgica y hermosa todavia.

Las tres niñas eran tres ramos de flores.

Las tres tenian sus amantes y los querian como á las niñas de sus ojos.

Se casó la primera, y su marido, que pertenecía á una tribu nómada, levantó

un día su tienda y no se volvió á tener noticia de si estaba vivo ó muerto.

Su madre dijo á la recién casada:—no quiero saber de tí, porque has hecho mal matrimonio. Y la hija empezó á llorar y luego enfermó, y un día quedó muerta de cansancio en la mitad de un camino solitario; y como los cuervos aman las materias putrefactas, se cernieron sobre su cadáver y lo devoraron á su placer.

Corrió la noticia de boca en boca, y todas las tribus, al pasar por la puerta de la casa en que vivía la familia honrada y virtuosa en apariencia, murmuraban algunas palabras y maldecían á la madre.

El espíritu protector de los árabes se encargó de la venganza y fué á buscar al marido.

Habían trascurrido muchos meses, y una tarde á la puesta del sol venía el árabe por un sendero, y apenas podía dar un paso porque traía sobre sus espaldas un saco de enorme peso.

Tomó el espíritu las formas de un peregrino, y adelantándose hácia el pobre caminante, muy en breve trabó conversacion con él.

—¿A dónde vá mi hermano, el hijo del hombre, que está sudando y parece que siente algunas tristezas en su corazón?

—Voy en busca de mi esposa y quiero verla; he estado ausente mucho tiempo. Hace cuatro dias que traigo sobre mis espaldas este saco lleno de oro, y pienso que mi honrada familia se regocijará cuando me vea de nuevo. Este regalo que la llevo la contentará, porque es pobre y yo sé que la riqueza es lo que más agradecen los desamparados de la fortuna.

Refirióle entonces el espíritu la historia que habia oido contar en todas partes, de un mal marido que habia abandonado á su esposa, cuyo paradero se ignoraba: dijole los nombres de estos héroes que ya andaban en boga en las canciones de los poetas, y acabó por informarse de la conducta de la suegra que habia castigado en la hija de sus entrañas el error y las faltas que habia cometido el marido.

El marido se aflijó en extremo y dejó

el saco de oro en tierra, murmurando entre dientes:—¿para qué quiero yo grandes tesoros, si ya está entre las nubes el alma aquella á quien idolatro?

Pasaron los años, y sin embargo la murmuracion de los transeuntes seguía siendo cada vez más encarnizada contra la mala madre.

Los amantes de las dos hermanas restantes habian desaparecido porque dijeron entre sí: "más vale llorar una hora, que toda la vida. El ejemplo es útil: lo que sucedió al primero sucederá á los segundos: íbamos á tener un enemigo y no una madre, y así nada más conveniente que la separacion á tiempo."

"Además, ¿quién nos asegura que podríamos tener buenas esposas? Lo mismo que se heredan los bienes se pueden heredar los malos sentimientos, y en este caso íbamos á perpetuar el desorden hasta la última generacion."

Las dos jóvenes quedaron solteras, el padre anciano murió, y un día salió la madre injusta á pedir socorros porque no tenia con qué atender á sus principales necesidades.

—Anda, anda! exclamaban todos, como dijo el Hijo del Dios de los cristianos al judío cruel que se negó á prestarle ayuda en su trance fatal. ¡Anda, anda! que así como castigaste en tu primogénita unas faltas que no eran tuyas, te estaba reservado pedir como ella te pidió y no recibir ni una gota de agua cuando tengas sed, ni una luz cuando sea de noche, ni un lecho cuando quieras reposar, ni una tumba cuando debas morir.

Murieron todos, las dos hijas en la miseria, el marido en brazos de sus amigos, y la madre en mitad de un camino solitario para que su cuerpo sirviese de alimento á los cuervos hambrientos.

El espíritu entonces entró en la mente de los hombres, y guardó allí esta triste historia para que la tradicion ejerciese la venganza y todas las madres tendiesen la mano á la hija que cayese en desgracia.

ANÉCDOTAS.

¡Dicen que los andaluces exageran!—Pues no eran andaluces dos comerciantes que sos-

tenian la otra mañana el siguiente diálogo:

—Hace usted muchos negocios?

—Muchísimos.

—A qué llama usted muchísimos?

—Hombre, para dar á usted una idea de nuestra correspondencia, sepa usted que mi casa gasta quinientos mil pesos al año en tinta.

—¿Y eso qué es? En la mia se economizan mil pesos anuales solamente con dejar de poner los puntos sobre las *ies*.

Un tesorero tenia en la pierna una llaga que le molestaba mucho y le hacia sufrir horribles dolores, pero sin quejarse; tanto, que admirado el cirujano de su valor, le dijo:

—Estoy asombrado, señor, de que usted no se queje de tan acerbos dolores como es preciso padezca.

El tesorero contestó:

—Todos los dias estoy diciendo ¡no hay! ¡no hay! y siempre tengo la casa llena de gente. Dígame usted, amigo mio, si por casualidad se me escapase un ¡ay! ¿qué sería?

BUENA SALIDA.—El Califa Hégiages, terror de sus pueblos y horror del género humano, acostumbraba viajar de incógnito recorriendo los pueblos de su imperio sin acompañamiento ni distintivos.

Un dia encontró á un árabe, trabó conversacion con él y le dijo:

—Hola amigo, yo quisiera me dijeseis quién es ese Hégiages de quien tanto se habla.

—Hégiages, respondió el árabe, no es un hombre, es un tigre, un monstruo.

—Qué se le puede echar en cara?

—Todos los crímenes posibles.

—Y tú ¿le has visto alguna vez?

—Nunca.

—Pues bien, levanta la vista, dijo el Sultán, soy yo.

El árabe, sin sorprenderse, le miró fijamente y dijo:

—Y vos ¿sabeis quién soy yo?

—No lo sé.

—Pues bien, yo soy de la familia de Zohair, en la que cada uno de sus individuos se vuelve loco un dia del año. Mi dia es hoy.

Hégiages se sonrió al escuchar una excusa tan ingeniosa y le perdonó sin dificultad.

VUELVE POR OTRA.—Un cierto Pacuvio, que intentaba pedir algun dinero á Augusto, usó de esta estratagema:

—Señor, le dijo, corren voces de que me habeis dado una crecida gratificacion. Todos me dan la enhorabuena; apenas hay quien no hable de ello.

—Déjalos hablar, le repuso Augusto; no saben lo que se dicen.

Presentóse uno al célebre ladrón *Cartucho* para que lo admitiese en la banda, y habiéndole preguntado el jefe qué profesion habia tenido, contestó:

—He estado dos años al lado de un escribano....

—Basta, le interrumpió *Cartucho*: todo ese tiempo se te contará como si hubieses estado á mi servicio en el monte.

Éranse un médico y un enfermo.

Y decia el médico.

—¿Le han puesto á usted las cantáridas á las ocho en punto de la noche?

—Sí, señor, en punto á las ocho.

—Perfectamente: ¿y bebió usted á las doce el jarabe?

—A las doce en punto.

—Muy bien: y á las tres de la mañana le han puesto á usted las sanguijuelas?

—En punto á las tres.

—Famelo! Todo vá al reloj! Ahora si usted se muere será en regla.

¡Nada! á la orilla del mar,—exclamaba un estudiante,—y pasado un corto instante—¡nada! volvía á gritar.—Corrió la gente asustada—creyendo en peligro á alguno,—¿qué es? preguntaron, y el tuno—contestó tranquilo:—Nada.

Durante una horrible tempestad en el mar, el capitán de un buque dijo á los pasajeros que arrojasen al agua, todos aquellos objetos de más peso que tuviesen y los que más les estorbasen.

—Allá vá mi suegra, exclamó uno de los viajeros.

Un caballero, propietario rico, tuvo que hacer un viaje largo, y dejó á un amigo suyo un poder bastante lato para que administrara sus intereses en su ausencia.

El amigo se fué á ver á un procurador, y le dijo:

—Diga usted, aunque usted dispense y aunque sea mal preguntarlo: con este poder, ¿puedo hacer lo que yo quiera?

—Sí, señor.

—Pues mire usted, he pensado hacer el testamento de mi amigo dejándome por heredero universal.

Un estudiante decia á otro:

—Chico, estoy completamente tronado; creo que voy á concluir el curso en S. Bernardino....

—Pero, hombre, tú tenias algunas alhajas?

—Ah! sí, amigo mio, pero mis alhajas se ven ya como lo reservado del Retiro, con pa-peleta.

Una conocida literata envió al doctor N. un manuscrito, y con él una carta que decia:

«Remito á la censura de usted el adjunto

poema; me urge saber su opinion, porque estoy inspirada; y puede decirse que, para cambiar, si es necesario la forma, tengo las tenazas al fuego.»

El doctor contestó: —Mi opinion, señora, es que ponga usted el poema en donde tiene las tenazas.

Llegó á un pueblo una compañía de cómicos de la legua. La primera funcion que dió fué la conocida comedia «Diego Corrientes, ó el bandido generoso.»

Al anunciarlo en el cartel se decia: «Los papeles de bandidos los harán algunos aficionados de este pueblo.»

Luis XIV escuchaba cierto dia una arenga algo pesada, y creyendo agradarle uno de los cortesanos que le acompañaban, interrumpió al orador preguntándole: —¿Qué precio tienen los asnos en vuestro pais? El orador le contestó mirándole desde los pies á la cabeza. —Cuando son de vuestro pelo y de vuestra alzada, valen diez escudos: y continuó su arenga como si tal cosa.

Viendo una tienda de vinos un soldado que pasaba con varios camaradas suyos, les dijo: esperadme un instante, que voy á dar una leccion de doctrina á esa tabernera. Entró en la tienda y dijo á la mujer que despachaba: —Buenos dias, abuela, vengo á enseñarle á usted la doctrina cristiana. —Hijo, hace muchos años que la sé y no necesito de que tengas á enseñármela. —No importa: écheme usted un cuarto de aguardiente y hablaremos. El soldado bebió y se salia sin pagar, mientras le decia la tabernera. —Hijo, ¿y el cuarto? ¿y el cuarto? —Tomal el cuarto, honrar padre y madre: y le volvió la espalda.

Un rico holandés del Brasil vió llegar á una hija suya casada, la cual se le quejó amargamente de un bofetón que la habia pegado su marido, y queria obligarle á que tomase venganza contra este. El cachazudo holandés meditó largo rato y luego dijo: «ese tunante me ha ofendido, pegando una bofetada á mi hija: no sé qué partido tomar.» Pero de pronto alzó la mano y sacudió á su hija una bofetada, que la hizo ver estrellas, y muy contento añadió: —Ya debes estar satisfecha, pues si tu marido le ha pegado un bofetón á mi hija, yo se lo he devuelto á su mujer. Si otro dia te ofende, ven á decírmelo.

Un soldado borracho, disputando con su cabo, le perdió el respeto diciéndole: —«Calla, que tú no eres hombre.» —Yo te probaré lo contrario, respondió el cabo. —Es imposible, replicó el soldado; y si no, mira, el mayor cuando distribuye las guardias, siempre dice: á tal puesto seis hombres y un cabo; con que ya ves que los cabos no son hombres.

Un viajero que pasaba por un pueblo inmediato á las orillas del Ródano vió una tabla colocada en un poste de veinte pies de altura con un letrero que decia: «Hasta esta línea llegó el nivel de las aguas en la inundacion de 1865.»

—¿Es posible! dijo el viajero hablando con su guia. Pues entonces toda la villa quedaria anegada: habria infinitos desastres, y...

—Yo le diré á usted, respondió interrumpiéndole el indigena; las aguas no subieron tan arriba, y ese rótulo estaba antes á una vara del suelo: pero viendo el señor alcalde que los muchachos se divertian en ensuciar la tabla pintando monos en ella, mandó que la pusieran en un palo más alto.

DECIA UN ANDALUZ. —Para ser un buen poeta no hay cosa mejor que tener hambre.

—Niégalo la consecuencia, le contestó un cesante; si eso fuera cierto yo deberia ser otro Espronceda.

ESTADÍSTICA EXACTA. —Un aficionado á la estadística imaginaria ha dividido de este modo las ciencias y las artes, bajo el punto de vista glorioso y pecuniario.

Ciencias que dan pan y gloria: la jurisprudencia, la medicina y la cirugía.

Gloria sin pan: la poesía, la literatura y las ciencias exactas.

Pan sin gloria: la anatomía, la economía y la aritmética.

Ni pan ni gloria: la metafísica, la lógica y la crítica.

Bellas artes que dan pan y gloria: la música y el baile.

Gloria sin pan: la pintura y la escultura.

Pan sin gloria: la arquitectura civil.

Ni pan ni gloria: el grabado.

—Compadrito, decia un borracho á otro que no lo estaba menos, dos mozos guapos hay en Cai, osté es el uno y el otro ¿quién es? —¿Quién á é sé, osté, mi alma.

Un hablador vino á contar á cierto sugeto á quien apenas conocia, un secreto de grande importancia y le encargó que no lo dijese. —«No tenga usted cuidado, le respondió este, pues seré tan callado como usted mismo.

Un gallego recién llegado de la tierra, por nombre Bartolo, veia que todos le llamaban, en la casa donde servia, Bartolomé.

Al cabo de algun tiempo, escribió á un amigo suyo y compañero de infancia, firmando la carta, Bartolomé.

A vuelta de correo, recibió la contestacion de su amigo, que á leguas se conocia debia hallarse rabiando con él, por la siguiente conclusion: «Si porque estás en la corte, te firmas Bartolomé, eu, manque estoy en Jallicia, me firmo Dumingumé.

Hay menos ingratos que descontentos, porque hay más pretendientes que empleos. Acababa de vacar un destino de importancia, y se presentaron once personas á pretenderlo. Dijo uno al ministro que lo habia de dar. «Vais á hacer feliz á un hombre.» —«No digais tal, respondió el ministro: voy á hacer un hombre ingrato, y dejar á diez descontentos.»

Pablo Rutilio se obstinaba en negar una peticion á pesar de las instancias de un amigo suyo. Irritado este le dijo: ¿De qué me sirve tu amistad, si no haces lo que te pido? —«De qué me sirve la tuya, contestó Rutilio, si me obligas á hacer lo que no debo?»

La muger de un molinero se cayó al rio; el marido, así que lo supo, echó un cigarro, encendió un fósforo, dió una chupada y se marchó rio arriba.

—¿Eh! ¡molinero! le gritó uno, ¿quiere usted salvar á su muger?

—Pues no he de querer, hombre? á eso voy.

—Pues búsquela usted rio abajo, que el agua ha debido llevarla en esa direccion.

—¿Rio abajo? ¡Quiá! mi muger tenia un génio de mil demonios, y solo por llevar la contraria al agua, se habrá ido por el rio arriba.

ERA ANDALUZ. —Pasando Luis XV, rey de Francia, por delante de los granaderos de su guardia, dijo al embajador inglés que le acompañaba:

—Ved los hombres más bizarros de mi reino; no hay uno solo que no se halle acibillado de heridas.

—Señor, repuso el embajador: ¿qué opina V. M. de los que los han herido?

—Todos murieron, contestó un granadero.

BUEN TIRADOR. —Habíanse reunido varios amigos para distraerse en el tiro de escopeta; tocó á uno de ellos, muy torpe, hacer la puntería, y al verle otro fué á sentarse en el blanco.

—¿Qué hacés? exclamaron los demás observando su movimiento.

—Nada, señores, tranquilícense ustedes; tirando este amigo, en ninguna parte estoy más seguro que aquí.

Siendo D. Juan de Austria capitán general y gobernador de las armas españolas que estaban sobre Barcelona en tiempo de la sublevacion de Cataluña, congregó junta en la capitanía de todos los gefes de mar y tierra para discutir el medio de estorbar el socorro que prevenian los franceses. Hubo diferentes pareceres; y oidos, dijo D. Enrique de Benavides, general de las galeras de Sicilia:

—Lo más seguro, señor, es entrarse en sus puertos y apresarles ó quemarles las embar-

cacionés.

—¿Y se atreverá V. S. á hacerlo así? dijo S. A.

—Si me he atrevido, señor, á decirlo, que es lo más, ¿no me he de atrever á ejecutarlo?

—Diósele órden, y cumpliólala con tal dicha, que dentro del surgidero de Tolon saqueó y quemó con sus galeras setenta embarcaciones francesas cargadas de víveres.

—Cierta señorita queria aparentar instruccion, repitiendo en sociedad las frases de aquellas personas á quienes juzgaba de más talento y saber.

Un amigo de la casa, de vuelta de un viaje, se presentó á visitar á la familia de la tal señorita.

—¿Cómo estaba el camino? le preguntó esta.

—Malo, muy malo, intransitable, contestó el viajero.

Pocos dias despues la jóven cayó enferma, haciendo llamar al facultativo.

—¿Cómo está usted? le preguntó este. Y la jóven respondió sin vacilar:

—Mala, muy mala, «intransitable.»

Un escritor francés aguardaba el 15 de Agosto la cruz de la Legion de Honor.

El 16 lee con avidez el Monitor.

Su muger que le observa, al verle palidecer,

¿Qué tienes? le pregunta.

—Esto es horrible.... Esperaba encontrar en el periódico mi condecoracion, y no viene....

—Mira, vé á reclamarla, porque el portero tiene la costumbre de leer el periódico antes de subirle, y puede ser muy bien que el tunante se haya quedado con ella.

Dos NIÑOS. —Teniendo ya más de ochenta años el cardenal D. Pedro Gonzalez, un criado suyo de la misma edad le pidió un empleo que estaba vacante.

—Lo he provisto ya, respondió el cardenal, pero cuenta seguro el primero que vaque.

—Señor, respondió el criado, ¿qué puede vacar antes que vuestra eminencia y yo?

Un marinero contaba á un compañero suyo las hazañas de su padre y daba principio al cuento con estas palabras:

—Mi padre es el hombre que más ruido ha metido en el mundo.

—¿Hombre! le decia el otro con un palmo de boca abierta. ¿Pues qué ha sido tu padre?

—¡Mi padre! mi padre fué cincuenta años tambor!!!

FILÓSOFO. —Un insolente dió á Sócrates un

puntapié, y el filósofo sufrió con paciencia el ultrage. Echáronle en cara su insensibilidad, y dijo:

—¿Qué queráis que hiciese?

Citar á ese hombre en justicia, le replicaron, y pedirle satisfaccion del insulto.

—Con que segun eso, preguntó Sócrates, ¿si un mulo al pasar me diese una coz, tendria tambien que citarlo en justicia?

AGUDEZA.—Alfonso, rey de Castilla, dió audiencia á un caballero que le dijo:

—Señor, tengo un acreedor desapiadado, que no se cansa de perseguirme, por más que diariamente lo contento: me ha arruinado, y continúa atormentándome; dadme, señor, medios para satisfacerlo.

Preguntóle el rey quién era el acreedor, y él respondió:

—Señor, es mi vientre.

Gustóle al rey la agudeza, y lo recompensó magníficamente.

BIEN DICHO.—Gobernando á Cataluña el duque de San German, vacó en uno de los tercios de infantería española la sargentía mayor, y para su provision interpuso su influjo el maestre de campo general para que se le diese á un recomendado suyo de pocos servicios.

—No puedo quitársela al capitán más antiguo, dijo el duque, haciendo veinte años que milita en estos ejércitos.

—Ah! señor, replicó el maestre, repare V. E. que es hombre cobarde.

Conoció el duque que hablaba el desafecto más que la verdad, y dijo:

—Eso mismo me obliga á dársela, porque no hay con qué premiar al que ha sabido resistir veinte años el miedo.

HISTÓRICO.—Llamaron á un médico célebre una noche del mes pasado para que visitase á una señorita enferma. Entró por equivocacion en el cuarto de la hermana de la paciente, y como la encontró en cama, le tomó el pulso y ordenó una sangría.

Al salir se encontró con el ama de llaves, y le dijo:

—La señorita se halla bastante desazonada.

—Mire usted que se engaña, replicó el ama, porque la enferma es la otra hermana.

—¿Por qué no me lo dijo usted? repuso el médico; yo estaba distraído y no es tan fácil como usted cree el conocer si los demás están buenos ó malos.

AGUDEZA.—El príncipe de Conti, guerrero valiente, convidó á comer á un abate, y este por olvido dejó de asistir al convite, de cuyas resultas un amigo le dijo que el príncipe estaba incomodado. Deseoso el abate de sincerarse y obtener el perdón de su falta, pidió una audiencia; y en cuanto lo vió S. A.

le volvió la espalda sin dirigirle la palabra.

—¡Ah, señor! exclamó el abate, estoy penetrado de gratitud. Me habian dicho que V. A. estaba incomodado conmigo y veo lo contrario.

—¿Cómo? dijo el príncipe; ¿en qué?

—V. A. me vuelve la espalda, y no acostumbra hacer eso delante de sus enemigos.

El príncipe volvió la cara sonriendo, y dió la mano afectuosamente al abate.

Las Vocaciones.

Es muy raro que se entre con pié firme en la carrera que se debe seguir: la vida está llena de estorbos para caminar; muchas veces se vé un fin, al que parece muy fácil llegar; pero ¡ay! es lo más probable dar la vuelta á él mil veces y no alcanzarle jamás.

¿En qué consiste la aversion que tiene el destino á la línea recta?

Hay quien pasa su vida entre las sombras de una humilde existencia, y que, colocado sobre el pedestal más pequeño, hubiera sido un grande hombre: en tanto que otros no aparecen en evidencia más que para mostrar su ridículo.

—¡Yo habia nacido para ser artista! me ha dicho algunas veces mi portera.

Lepeintre hizo su carrera como actor, ayudado precisamente por todo lo que al parecer debía obstruirle el camino: era grueso, pequeño, feo, y hablaba de una manera ridícula: sus triunfos fueron siempre debidos al exceso de sus defectos.

El drama imaginado no iguala frecuentemente al drama real de la existencia: sucede casi siempre que se gastan las fuerzas en vencer los obstáculos, antes de entrar en la liza: al empezar ya no resta nada: ¡nada más que la seguridad del naufragio!

En el teatro, lo que es preciso vencer, ante todo, son las prevenciones.

Hace algunos dias, un director de escena de uno de los teatros de París necesitaba un borrico, para figurar en una comedia, y quiso arreglarse con un aldeano: este puso muchas dificultades, y se mostró muy poco dispuesto á complacerle.

Pero, le hizo observar el director:

—Vuestro asno no tiene casi nada que hacer: solamente atravesar el escenario, figurando que lleva un saco de trigo so-

bre el lomo.

—¡Oh! no es la fatiga del animal lo que yo temo! dijo el aldeano: ¡no es la fatiga lo que le espanta á él, sino el deshonor de pisar el escenario!

En el teatro se han visto algunos famosos actores llegar á alcanzar un sitio de la manera más original: sirva de muestra esta anécdota acaecida á Federico Lemaitre.

Hacia ya largo tiempo que el ilustre artista iba de director en director, y de una decepcion en otra.

—¿Dónde habeis trabajado? le preguntó uno cuyo nombre era Mr. X....

—En ninguna parte, respondió Lemaitre.

El director hizo una señal con la mano, que queria decir que la entrevista habia terminado, y Federico se dirigió hácia la puerta con desesperacion: al salir, dejó escapar un suspiro profundo, cavernoso.

—¿Qué es eso? exclamó Mr. X.... herido de sorpresa.

—Esto no es nada, repuso Lemaitre en el umbral.

—Al contrario: yo os ruego que empeceis de nuevo, dijo el empresario.

—¿Qué quereis decir?

—Que suspireis otra vez.

Federico Lemaitre suspiró con más magnificencia aun que la primera.

—Jamás he oido nada tan hermoso! exclamó el director entusiasmado. ¡Jóven! os ajusto, y vais á debutar.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Pero no sé mi papel, caballero!

—Acabais de ensayarlo; pronto! al vestuario conmigo, y en seguida al ensayo general.

Este director tenia necesidad, precisamente para aquella noche, de un personaje bastante extraño: de un leon: habia encontrado una hermosa piel; pero le era imposible conseguir ese rugido ámplio y salvaje, que hiela de espanto á los huéspedes de los bosques: iban ya á contentarse con un leon civilizado, con un leon de gabinete, con un leon cualquiera, cuando apareció Federico Lemaitre.

Aquella noche, el que despues habia de llenar el mundo con su gloria estaba ajustado, y triunfaba debutando á cuatro patas!

Otro gran actor, el célebre Dupuis,

se hizo notable en otra ocasion tan singular como la precedente.

Se representaba una escena campesina: el teatro ofrecia á la vista un establo, un gallinero y una cuadra: pero faltaba el personal de estas habitaciones: aquella naturaleza agreste carecia de voces: de repente resonó un concierto músico.

Las gallinas empezaron sus cantos de triunfo al que respondieron las ovejas con sus balidos, los patos con su graznar, los asnos con su lamentable rebuzno: todos aquellos animales se daban los buenos dias y las vacas entonaban el himno de la mañana; era el canto de una armonía primitiva; no era ya una naturaleza muerta, sino una naturaleza viva, habladora, cantante, graznante y mugiente.

Ningun actor se habia aun presentado, y ya la sala resonaba con bravos estrepitosos.

Asombrado de este efecto, el empresario creyó que el director habia alquilado por su cuenta, en alguna granja, carneros, patos, borricos, vacas, y hasta puercos; fué á buscarle para darle gracias, y no halló á nadie; ni al director, ni á los pobladores cuadrúpedos y alados del paisaje que representaba la escena.

Solo estaba Dupuis: él solo habia hecho el papel de los animales de pluma y de pelo.

Así es como, despues de mil dolorosas decepciones, pudo aquel grande artista ponerse en evidencia y triunfar de los desaires del empresario.

Aquel que haya leído la dolorosa vida de Moliere, sabrá que muy niño todavia economizaba algun sueldo para ir al teatro.

Adoraba esta diversion, y sin embargo, bien pocas veces podia disfrutar de ella.

Un dia, barriendo la sala el encargado de la limpieza, se halló una cosa acurrucada sobre una banqueta.

—¿Qué es esto, pensó el buen hombre, es un traje olvidado, es un enorme gato en acecho?

No era ninguna de las dos cosas.

Era Moliere, el hijo del tapicero, que habia pasado el dia acurrucado allí para esperar la próxima representacion.

¡Qué de miserias, en medio de sus triunfos, no tuvo que sufrir ese pobre y eminente artista! Autor y cómico á la vez, casado con una muger á la que adoraba y de la que no se resolvía á sepa-

rarse, á pesar de sus repetidas y vergonzosas infidelidades, Moliere siguió su dolorosa carrera con el solo título de *lacayo de cámara de Luis XIV.*

Su esposa, Armanda Bejart, era una excelente actriz, pero una de las más desalmadas mugeres que han deshonrado nuestro sexo.

Moliere estaba sublime en los papeles de celoso, que él escribía y ejecutaba con suprema maestría; pero sus emociones continuas, violentas y dolorosas, le atrajeron una enfermedad de pecho que puso fin á su vida.

En tanto que anduvo errante y á la cabeza de su compañía, daba á esta casi todo lo que ganaba, sin guardarse nada apenas para él.

Talma, más dichoso que Moliere, tuvo también su vida de aventuras: este actor es el que introdujo la costumbre de llevar en la escena el traje del personaje que se representa.

Antes de darse Talma á conocer, se vestían los actores á la moda de la época: griegos y romanos llevaban calzoncorto, camisas con cuello de puntas caídas, tricorrios y casacas á la francesa.

La primera vez que Talma apareció en traje de romano, Mlle. Duchenois, que se hallaba en escena, le miró estupefacta: no pudiendo creer á sus ojos, le dijo en voz baja:

—¿Cómo, Talma! ¿te vienes sin calzones?

Antes de Talma, Sofía Arnoul era la única que se habia atrevido á ejecutar los papeles de aldeana con zuecos y basquiña de algodón.

El entusiasmo del actor va tan lejos, que algunas veces el hombre desaparece en el artista.

En las primeras edades del cristianismo, los paganos, desempeñando papeles de cristianos, se han hallado convertidos á la nueva fé antes de terminada la representación.

Al desenlace, debiendo sufrir un martirio ficticio, han sufrido un martirio real, y la Iglesia cuenta dos santos que, menos orgulloso que el borrico del aldeano, han pisado el escalario.

MAD. ADELA ESQUIROS.

LA NIÑA ENFERMA.

BALADA.

—Dí, madre, ¿por qué la flor que hoy nace pura y lozana, al amanecer mañana perderá aroma y color?

—Hija mia, el alto Ser á quien adoras rendida, los misterios de la vida no nos deja comprender.

Hoy vives, pero mañana puedes, hija de mi amor, perder la vida, el color como la rosa temprana.

—¿Y el alma que siento en mí? —Es de la flor el perfume. —¿El viento lo lleva?

—Sí, pero jamás lo consume.

Muere la flor y su esencia, del mortal para consuelo, huye como la existencia á su pátria que es el cielo.

—¿Y no se extingue? —Jamás, ni volver al mundo ansía.

—¿Si me muero, me verás? —En el cielo nada más.

—Hasta el cielo, madre mia. JULIO NOMBELA.

EL ATEO.

Luciendo una sonrisa mofadora, Que desmiente el pavor de su mirada, Esta temible sierpe lanza airada El silbo de su voz blasfemadora.

Cerrado á la esperanza bienhechora Su espíritu, reflejo de la nada, Con impiedad proterva y refinada Se burla de la fé que él no atesora.

Con negar y negar menguado salda La cuenta de su crimen ó impureza, Tejiendo á Satanás una guirnalda.

¡Temedlo todo de su atroz fiereza.... Porque aquel que á su Dios vuelve la espalda Capaz será de la mayor vileza!

J. M. MARIN.

VARIEDADES.

HIGIENE DE LA NIÑEZ.—Para conocimiento de las madres que, teniendo la desgracia de no poder criar á sus hijos, prefieren el uso del biberon al pecho de

las nodrizas, damos á continuación la manera de usarlo, segun indicaciones de una persona que ha tenido la bondad de comunicarnos sus experimentos en la materia. Hélas aquí:—Se tomará leche de vacas dos veces en el dia y acabada de ordeñar. Cuécese á fuego vivo para que no se pegue ó ahume, y se separa de la lumbre en el momento en que rompe el hervor. Déjese enfriar, y una vez fria, bátese la nata hasta que quede disuelta en el líquido, y se le añade un poco de azúcar. Desde que nace el niño hasta que llega á los seis meses, se le dá la leche mezclada con dos partes de agua. Desde seis meses á nueve, mitad de leche y mitad de agua, y desde nueve meses en adelante leche pura. Siempre que haya de prepararse el biberon, comiencese por lavarlo perfectamente y enjugarlo: despues se le pone la cantidad de leche que haya de tomar el niño, cuidando de calentar solo la porcion que haya de tomar en el momento, empero á una temperatura tan suave, que al meter el dedo en ella, no se sienta fria ni caliente; por último, se le dará el biberon al niño cada dos horas estando despierto.

Hé aquí los dias de fiestas movibles que están anunciados para el año próximo: Septuagésima, el 24 de Enero; Ceniza, el 10 de Febrero; Pascua de Resurreccion, el 28 de Marzo; Ascension del Señor, el 6 de Mayo; Pascua de Pentecostés, el 16; *Corpus Christi*, el 27 del mismo, y Adviento, el 28 de Noviembre.

Se asegura que el Sr. Brea y Moreno, inventor del *Aceite de bellotas*, artículo que va adquiriendo una celebridad europea, ha recibido proposiciones muy beneficiosas de una casa norte americana; *sesenta mil duros*, por la compra del privilegio de preparacion y venta de dicha sustancia.

El mismo inventor parece que, lejos de aceptar estas proposiciones, va á montar una fábrica en grande escala en Extremadura, para explotar más ventajosamente los productos de su invento, como cosmético para el cabello y como medicamento en muchas dolencias, especialmente para la raquitis, escrófulas, y para toda clase de erupciones cutáneas.

REMEDIO CONTRA LAS QUEMADURAS.—Se toma un poco de estiércol de gallina,

media libra de manteca fresca y dos ó tres hojas de salvia. Echase en un puchero, y se hace hervir por espacio de unos tres cuartos de hora, y en seguida se cuele por un lienzo, estrujándolo bien; el líquido que resulta se echa en un vaso.

De este unguento se vá poniendo un poco sobre la quemadura, renovándolo por mañana y tarde, hasta lograr una completa curacion. El dolor desaparece casi instantáneamente, las vejigas ó ampollas de la llaga se disuelven y no queda cicatriz por profundas que fueran las quemaduras.

La experiencia, repetida muchas veces, ha demostrado la eficacia de este remedio, que como tal recomendamos á nuestros lectores, en especial á los de los pueblos donde no hay facultativo.

También se recomienda mucho para este caso envolver la quemadura en algodón en rama; pocos dias há que los periódicos recomendaban especialmente este procedimiento. Dicese, no sabemos con qué razon, que su descubrimiento se debió á la casualidad, ó más bien al instinto de un animal. Un perro que se habia chamuscado horrorosamente en una fábrica de hilados, se fué á refugiar en unas pacas de algodón, de donde salió curado á los dos ó tres dias con extrañeza de los obreros.

La Biblioteca económica de instruccion y recreo, ha puesto á la venta un nuevo tomo. Es un libro originalísimo debido á la pluma de Aristides Roger, que se titula *Viaje submarino*, y que está llamado á obtener la misma extraordinaria aceptación que han obtenido todas las obras publicadas por dicha *Biblioteca*.

En la *Gazette de Campagne* vemos recomendado un método fácil y económico para la conservacion de las peras, manzanas y otros frutos análogos, que puede tener aplicacion en la actualidad, cuando muchos se quejan de la facilidad con que este año se echan á perder aquellos frutos.

Para conservarlos, segun el expresado periódico, se escoje un sitio seco, y en cuanto sea posible en un cuarto bajo, y jamás en cuevas y desvanes: se coloca sobre el suelo una capa de 10 centímetros de espesor de paja de centeno; sobre esta se arregla un lecho de frutos del espesor de 10 centímetros, que se polvo-